

# LOS SINRAZÓN

La niña entró en la sala con los mofletes colorados resaltando en su tez morena. Se acercó a la enorme mesa de caoba que había en medio de la estancia, y se sentó en una silla muy elevada que tuvo que escalar. Su cabeza apenas asomaba, pues aunque el asiento fuese alto la mesa lo era más .

—Seguramente este sea un sitio pensado para adultos.—Reflexionó.

Estuvo esperando un largo rato, el que se pasó repasando lo que iba a decir cuando la reunión empezase. En un momento dado se abrió una puerta al final del cuarto. De ella salieron cuatro hombres gordos y de cara roja como las piruletas de fresa. Dos de ellos se dirigieron a un lado de la mesa y los otros dos se acomodaron en los butacones de enfrente. Tenía una expresión de enfado dibujada en el rostro y se colocaron la corbata del traje con superioridad antes de empezar a hablar.

—¿Tres mil euros la visita?—Se escandalizó el de la derecha al fondo.

—A mi me cobraron diecisiete mil solo el seguro.— Le respondió el que tenía en diagonal.

—¡Qué barbaridad!- Exclamó mientras se rascaba la oreja el de enfrente.

—Y luego, claro, nos llaman avaros.—Dijo con enfado el de la izquierda al fondo.—¡Somos hombres con dignidad! ¡Eso es lo que somos!

Y todos asintieron con la cabeza y se hincharon de orgullo como globos.

La pequeña se había quedado callada, pues había aprendido que cuando alguien está hablando no hay que interrumpir. Pensó que aquellos hombres no debían de haberse percatado de su presencia, así que tosió discretamente para llamar su atención. Pero ellos siguieron hablando, por lo que se aclaró la garganta un poco más fuerte. Cuatro pares de ojos se clavaron en ella, que se quedó mirándolos satisfecha.

Se colocó unos mechones de pelo negro por detrás de las orejas y empezó a hablar.

—Hola, buenas tardes.—Saludó sonriente.—Soy Gea Brown y...

No pudo seguir porque uno de los hombres la interrumpió.

—¿Tienes cita?

Gea se quedó mirándole un segundo, preguntándose si a él sus padres no le habían enseñado que no se debe interrumpir cuando alguien habla.

—Sí, reservé hace varios meses para hablar sobre...

—Si tienes cita, espera un momento.—Dijo otro mientras se ponía en pie.—¡Ayudante!—Gritó, haciendo temblar su papada. De inmediato apareció un muchacho muy flaco, de ojos enormes y verdes.—Llame usted a jefatura y que nos traigan el informe de la visita de una niña llamada...Ehm.—Dudó. Luego le dirigió una mirada rápida a la chiquilla.

—Gea Brown.— Informó ella.

—Eso, exacto.—Dijo el hombre. Como si se hubiese acordado él mismo.—¡Venga, rápido!—Apremió impaciente.

El joven asintió y salió de la habitación a toda prisa. Hubo un momento de silencio. Gea no sabía cómo se empezaban ese tipo de reuniones, así que supuso que debía comenzar conociendo a aquellas personas. Para luego poder contarles sus quejas con más soltura, pues siempre es más agradable hablar entre conocidos.

—Ejem...¿Cuál, cuál es su color favorito? —Preguntó un tanto incómoda.

Los hombres la miraron con los ojos como platos.

—¿Nuestro qué?—Dijo el de la derecha.

—Su color favorito.— Repitió ella, no muy segura de haber escogido el tema ideal.

—¿Sale el azul más caro que el rojo?—Cuestionó el de la izquierda.

—¿Cómo?— Preguntó la niña confusa.

—¿Y para qué quieres saber cuál es nuestro color favorito? —Preguntó uno.

Arqueando una ceja con desconfianza.

—Para conocerles y así hacer la reunión más agradable. Pero si quieren podemos empezar ya.

—No, no podemos.—Negó otro.—No tenemos el informe. Por tanto no sabemos de qué trata este encuentro. Entonces es imposible hablar, pues desconocemos sobre qué hacerlo.— Explicó, y tras acabar asintió muy satisfecho con su respuesta y los demás aplaudieron que fuese tan razonable.

—Pero yo les puedo decir el motivo de mi visita.— Propuso la niña.—Verán, querría pedir más conciencia por parte del gobierno y las grandes empresas sobre el cambio climático. También me gustaría hablar de las acciones que resultan necesarias para salvar el planeta. ¿Podemos empezar ya?

Los hombres la miraron desconcertados.

—¿Empezar el qué?— Preguntó el de más peso.

—Pues la reunión, claro está.— Dijo Gea.

—Pero no tenemos el informe donde se explica de qué se trata esta convención, por lo tanto es imposible hablar.

—¡Si se lo acabo de explicar!— Exclamó ella, planteándose la idea de que aquellos hombres no fueran humanos sino máquinas.

—Pero no tenemos el informe.— Rebatió el más colorado. Como si fuese lo más obvio del mundo.

Gea soltó un suspiro dándose por vencida.

Por suerte para ella, no mucho después entró en la sala el chico de antes, llevando un carrito lleno de papeles.

—El informe de la visita Gea Brown.—Anunció con voz de autómeta. Luego cogió un taco del montón y lo dejó encima de la gran mesa de caoba. Se volvió a su carrito y salió de la habitación con pasos rápidos.

—¡El informe!- Exclamó Gea, contenta de poder empezar. Pues aunque a los diez años, los niños tengan una gran paciencia, esta no es inagotable.

El hombre más cercano a los papeles, (es decir, el de la derecha al fondo) cogió el informe y lo leyó una vez, se le abrieron los ojos en un momento dado y lo volvió a leer. Después hizo una mueca que apenas podría pasar como sonrisa y lo leyó de nuevo.

—Regularcillo. No es lo mejor que he leído, sin ninguna duda. El informe de las fábricas me interesó mucho más.—Valoró, pasándoselo al siguiente. Quien hizo una secuencia similar y dió una opinión muy parecida a la de su compañero. Lo mismo pasó con el tercero y fue igual con el cuarto.

—Si no hablase sobre la “naturaleza”.—Opinó muy resabido.—Y nos contase sobre los rascacielos de cien pisos...Si además dejase la flora y fauna a un lado y se fijase en el dinero, podría ser un informe excelente.—Concluyó, y tras acabar asintió muy satisfecho con su respuesta y los demás aplaudieron que fuese tan razonable.

Gea observaba esta escena muy desorientada. Pero se alegró de que ya pudiese comenzar a dialogar con aquellos hombres que se creían tan razonables.

—Para empezar me gustaría proponer algunas ideas para hacer un mundo más sostenible.—Dijo con decisión.—Podría prohibirse la circulación de coches durante

algunas horas del día, a no ser que hubiese una emergencia que requiera a los bomberos, los médicos o la policía.—Explicó, imaginándose calles tranquilas por donde pasear las tardes sin peligro.

—¿Y si alguien quiere ver a su abuela? —Preguntó el hombre a la izquierda de Gea.— ¡No podría pasar!

—Podría tomar el metro o el bus, incluso ir en bici.—Solucionó la pequeña, que pensó que aquella sí que era de verdad una respuesta razonable.

Pero la manera en la que se miraron los individuos la hizo dudar.

—¿El autobús?—Dijo horrorizado el más alejado de la niña.

—¿El metro?—Masculló dolido el de la derecha.

—¿La...La bicicleta?—Balbuceó a punto de llorar un último.

Gea pensó que aquel señor necesitaba un buen té relajante y un poco de ejercicio.

—No puede ser.—Terminó el primero que había hablado.—No. Puede. Ser.

Pasemos a la siguiente propuesta.

La niña asintió lentamente, estupefacta.

—Reducir los residuos. Esta es una de las mayores causas por las que el planeta está así de contaminado. Las bolsas de plástico en los supermercados, los envoltorios de la fruta, las botellas de plástico... ¡No pueden terminar en la naturaleza! ¿Ustedes saben lo que me duelen?

—¿Pero entonces cómo llevamos nuestra compra? ¿En los bolsillos?—Dijo sarcástico el del fondo a la izquierda.

La niña se imaginó a esos señores llevando todo tipo de alimentos en los bolsillos de sus trajes y sonrió.

—No, claro que no. Se llevarían bolsas de tela de casa. Estas no son de un solo uso y durarán mucho tiempo antes de ser inservibles. Comprar menos en los grandes supermercados y acudir más a los mercados de productos frescos también podría ayudar y que usen papel en vez de plástico para envolver la compra...—Dijo Gea, orgullosa de sus elaboradas ideas.

—No, no lo veo viable.—Repuso el de la derecha.—¿Y si un día se te olvida la bolsa en casa? ¿Qué harías? Además, el papel es más frágil que el plástico. Se rompe más fácilmente y se deshace con la lluvia. No me parece buena idea.—Cerró, y tras acabar asintió con la cabeza muy satisfecho con su respuesta y los demás aplaudieron que fuese tan razonable.

—Vale... Disminuir considerablemente la tala de árboles.—Siguió ella.

Uno de los hombre soltó un grito ahogado.

—Pero, Lea, Tea, ¿Cea?— Se trabó el más calvo.

—Gea.—Ayudó la chiquilla.

—Gea, eso es. Entonces...¿Qué va a pasar con todos esos empleos?— Vislumbró asustado.

—Nadie se quedaría en paro.—Tranquilizó la niña, pues le había dado muchas vueltas a la cuestión y finalmente había conseguido la clave.—A la gente que perdiese su trabajo se le asignaría uno nuevo; Replantar los árboles que hemos talado y cuidarlos.

Los hombres la miraron como si tuviese siete ojos y nueve manos.

—Bueno, ejem, a ver.—Murmuró uno, sin ocurrírsele una objeción lógica.

—Puede que...—Empezó otro, con la mente en blanco.

—A lo mejor...—Continuó un tercero. Pero se interrumpió al no dar con una buena respuesta.

—¡Ya sé!—Exclamó el más gordo.—Si no tuviésemos madera, no podríamos hacer mesas... Como esta de aquí.—Dijo ensimismado, mientras acariciaba cariñosamente la superficie de caoba.—¡Y no podríamos escribir o comer! Necesitamos los muebles.—Concluyó, y tras acabar asintió muy satisfecho con su respuesta y los demás aplaudieron que fuese tan razonable.

—No propongo acabar con la industria de los muebles y el mobiliario.—Insistió Gea.— Pero me parece excesivo el número de árboles que se talan cada día. ¡Me estáis matando!

—Nos lo plantearemos.—Murmuró el más rojo, un tanto confundido con la respuesta de la niña.—Pero...

—¡No! ¡No me vale solo con que se lo planteen!—Estalló la niña, ya harta del comportamiento de aquellos hombres.—A mi no me vale. La gente está muriendo en grandes inundaciones, las playas están hasta arriba de basura, ¡Hay especies de animales que dentro de un año van a estar completamente extintas!—Exclamó disgustada.—¡Y ustedes se están fijando en cosas irrelevantes como tener que ir en transporte público o que se te olvide en una ocasión una bolsa para la compra! Se están desviando del tema. Y yo necesito concentración, ¡La necesito más que nunca!

Los hombres se quedaron con la vista fija en la mesa. Todos fueron a hablar, pero todos estaban sin palabras.

—Pero...pero, ¿no te parecen todas estas medidas un poco radicales? —Preguntó el más malhumorado.—Si hiciésemos todo esto se pararía la economía y habría muchos desajustes y problemas. Se volvería un caos.—Finalizó, y tras acabar no asintió con mucha confianza, pues no estaba del todo satisfecho con su respuesta y los demás aplaudieron sin entusiasmo, ya que no estaban convencidos de que fuese muy razonable.

—Pero necesitamos un cambio radical.—Dijo en un tono apacible, se sentía mal por haberles gritado.—Imagínense que en un incendio los bomberos no usan todo el agua que necesitan para apagar el fuego porque creen que es muy radical. ¿Qué pasaría entonces? ¡Necesitamos lo radical!

La sala se quedó en silencio. Ellos estaban inmóviles, con las manos entrelazadas y la cabeza alta. Mientras los observaba, Gea pensó que aquellos señores debían de llevar una vida muy triste. Pensó que no debían de disfrutar el mundo, por eso no les importaba que este estuviera en peligro. No olían el perfume de las flores, por lo que no les molestaba que estas desapareciesen. No contemplaban los preciosos paisajes que les ofrecían las montañas, entonces no se percataban de la cantidad de plástico que las contaminaban. No oían el gorjeo de los pájaros, pues era acallado por el bramido de los coches. Y todo esto le dió mucha pena. Cogió papel y boli e hizo una lista con todas sus propuestas. La dejó sobre la gran mesa de caoba y saltó de esa silla tan alta. Caminó hacia la puerta y se volvió para mirar a esos “sinrazón” una última vez.

—Adiós.—Se despidió, sacudiendo la mano.—Que tengan un buen día.—Y cerró la puerta tras salir.

Tras unos momentos de silencio, los hombres se miraron entre sí, encontrando en los ojos de sus compañeros la misma duda que les acechaba a ellos.

La chiquilla atravesó un pasillo que terminaba con una puerta roja donde resaltaba en blanco la palabra salida. Gea la abrió lentamente, y los rayos del sol la cegaron durante unos instantes. Tras atravesarla se encontró en un explanada de hierba verde salpicada por flores rojas, con grandes árboles que se elevaban orgullosos. La niña respiró

profundamente y sonrió. Y de pronto se comenzó a desvanecer. Sus ojos verdes se fundieron con las briznas de hierba y las hojas de las ramas. Su piel morena se fue convirtiendo en la tierra bajo sus pies. Sus mofletes rosados tiñeron las amapolas de un rojo más vivo. Su pelo oscuro se transformó en las alas de un mirlo. La naturaleza había alzado la voz y ahora esperaba al cambio.

Irene Montes